



## Pablo y Miguel\*

Víctor Casaus\*\*

“Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores...”

Así nos da Pablo de la Torriente Brau la noticia en una carta fechada el 28 de noviembre de 1936, en Alcalá de Henares. La carta es más bien extensa y la noticia, dentro de ella, ocupa solamente el espacio que los múltiples, tensos acontecimientos de la guerra y de la vida del cronista le han dejado. Pero, en su sencillez, anuncia una amistad que unió, en el fragor del combate directo contra el naciente fascismo, a las dos figuras inmensas que ahora recordamos aquí.

Llegado a Madrid el 24 de septiembre del 36, Pablo ya ha recorrido en el momento de escribir esta carta, el camino riesgoso del corresponsal de guerra y escrito más de una decena de vibrantes crónicas sobre el desarrollo de las accio-

---

\*Publicado en la revista cubana *La Jiribilla*

\*\*Víctor Casaus, Director del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau de La Habana, Cuba.

nes y la respuesta del pueblo frente al levantamiento sedicioso. Los trabajos y las cartas escritos en el frente serían reunidos, después de la muerte del cronista, en el libro *Peleando con los milicianos*, publicado por sus amigos en México en 1938 y reproducido en Cuba después, a partir de 1962, en sucesivas ediciones mutiladas. La publicación de *Cartas y crónicas de España*, dentro de la Colección *Palabras de Pablo* de Ediciones *La Memoria* reunió todos los textos escritos por Pablo en España e incluyó, por primera vez, las cartas de su exilio neoyorquino, necesarias para entender su decisión de marchar desde allí a la Guerra Civil Española.

Cuando escribe su carta donde cuenta que ha conocido “a uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores”, Pablo ya ha dado un paso esencial y definitivo: de corresponsal que participaba de corazón y de hecho en los combates, se ha convertido en Comisario de Guerra de un batallón. La explicación de este tránsito podemos encontrarla en una carta del 15 de noviembre:

*Por lo pronto mi cargo de Comisario de Guerra, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más del tiempo que debiera, pero, para justificarme plenamente, comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento.*

Esa misma posición “estrictamente revolucionaria” era lo que había llevado al joven poeta Miguel Hernández a ingresar en el Ejército Popular de la República como miliciano voluntario, tras la sublevación fascista del 18 de julio, a escribir los primeros poemas de su libro *Vientos del pueblo* y a llegar a la conclusión de que “todo teatro, toda poesía, todo arte, ha de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra”.

Esta es una de las coincidencias fundamentales en la trayectoria vital de estos dos hombres, comprometidos con la palabra y con la acción desde su sensible humanidad. Ahora que los recordamos, juntos, de diversas maneras, en esta Jornada Hernandiana que se celebra en el Centro que lleva el nombre de Pablo, brillan con luz propia esas confluencias vitales de estos hombres que vieron crecer su amistad en escasos meses de tiempo cronológico, seguramente multiplicado por la intensidad y el dramatismo de los acontecimientos en que estaban inmersos de manera consciente y entusiasmada.

El primer encuentro entre Pablo y Miguel había ocurrido, en realidad, muy al principio de esa guerra en el local de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en Madrid, aquella organización dinamizadora de la cultura comprometida con la defensa de la República, nacida justamente como respuesta a la agresión desatada por el levantamiento del 18 de julio.

Miguel recordaría vívidamente aquel encuentro en la entrevista que Nicolás Guillén —uno de los participantes cubanos en el II Congreso Internacional de Escritores

res para la Defensa de la Cultura de 1937- le hiciera tras pocos meses de la caída de Pablo en Majadahonda y que fuera publicada en la revista habanera *Mediodía*.

*Conocí a Pablo en Madrid, una noche en la Alianza, esperando yo a María Teresa León, que no venía. Recuerdo que fue en septiembre del año pasado. Esa noche, recién amigos, bromeamos como antiguos camaradas. El sentido humorístico de Pablo era realmente irresistible. Quien estaba a su lado tenía que reír siempre, siempre, porque él sabía encontrar como pocos el estado grotesco de las cosas más solemnes. Y lo hacía con una originalidad y una fuerza...*

Es emocionante constatar cómo Miguel Hernández rescata, de aquel encuentro inicial y fugaz con Pablo en la Sede de la AIAF, uno de los rasgos esenciales de su perfil humano: la presencia y el ejercicio del humor, aun en los momentos más difíciles de la existencia incluida la guerra misma. Ahí están las cartas de Pablo a sus compañeros en América solicitando desesperada y humorísticamente que le envíen con urgencia un abrigo para que “el puñetero frío” de España no acabe con la vida del cronista.

Por todas esas razones y otras que nacieron en aquellos días dramáticos del asedio a Madrid es que Miguel continúa contando a Nicolás Guillén en su entrevista memorable:

*Yo le quise mucho. Después de aquella noche que les digo, nos separamos durante varios meses. Nos volvimos a encontrar en Alcalá de Henares, a pesar de que habíamos estado juntos, sin saberlo, en los combates de Pozuelo y Boadilla del Monte. “¿Qué haces?”, me preguntó alegremente al abrazarnos. “Tirar tiros”, le contesté yo riéndome también. Pablo era entonces Comisario Político del Batallón del Campesino, hoy división. Me ofreció hacerme también Comisario de Compañía, con lo que estábamos juntos otra vez Pablo y yo...*

“Lo nombré Jefe del Departamento de Cultura”, nos cuenta Pablo en su carta, y juntos siguieron “trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa”.

Juntos trabajarían Pablo y Miguel Hernández en las semanas siguientes, en las nuevas labores estrenadas por el cronista. Sus cartas ofrecen apretadas síntesis de esas actividades en las que está presente siempre una sensible valoración de la circunstancia que vivía y de las necesidades humanas de los hombres envueltos en aquellos tensos acontecimientos.

“Por otra parte, tenemos unos cuantos discos entre los que hay alguna rumba. Hay que divertir al hombre de la guerra; hay que hacer que se olvide de ella, cuando por casualidad, como ahora, se nos ha dado la oportunidad

de un relativo descanso. Y aparte de todo esto, hemos dotado a cada compañía de un maestro, con una campaña intensiva para que todo el mundo sepa firmar el próximo pago. Y muchos están aprendiendo ya a leer y escribir.”

Resultan reveladores estos comentarios sobre las nuevas funciones asumidas por Pablo como comisario en las tropas republicanas. Por un lado, en su tono se refleja claramente el carácter del cronista, donde conviven el humor, la humanidad y la autenticidad. Por otro lado, arrojan luz sobre zonas poco conocidas dentro de las tareas del comisario, a veces concebido de manera rígida dentro de los esquemas ideológicos existentes.

Ese trabajo estaba dotado, en el caso de Pablo y Miguel que trabajaban juntos en este sentido, de una gran dosis de humanidad y un tremendo sentido cultural, que tenía, también, sus matices pedagógicos e ideológicos en su relación con los combatientes y que es preciso resaltar.

La guerra es siempre un hecho terrible en la historia y en la historia de la gente, y los balances de esas guerras, de esta en particular, la española tan enconada que tuvo, incluso, sus secuelas amargas y crueles en los años posteriores del franquismo. La guerra es un hecho terrible, lo repito; pero este trabajo de Pablo como comisario es el ejemplo mejor de esa concepción de la cultura como un elemento participante en la lucha por la defensa de la República con un sentido autónomo, propio y creador; pero por encima de todo, con un sentido muy humano de esa propia existencia y de la propia participación en la guerra.

En ese sentido es también importante subrayar la presencia de la literatura y el arte, de la cultura en general, en aquel panorama violento. Pablo y Miguel pertenecieron a aquel conjunto formidables de creadores que pusieron sus herramientas e incluso, en ocasiones, sus vidas al servicio de la libertad y de la justicia. El pueblo madrileño aplaudía su paso por las calles, en medio de los fragores de la capital sitiada, según recuerda alguna crónica, con un comentario sencillo y enaltecedor: ahí van los del talento. Pablo recuerda en sus cartas y en sus apuntes de la guerra la presencia de los escritores y artistas en las tareas que su comisariado organizaba:

“Y ayer tuvimos dos reuniones importantes en el cuartel: una fue una reunión de todos los oficiales de la brigada, tomándose importantes acuerdos sobre la disciplina, organización, etc., y la otra una función que improvisamos en la nave de la iglesia, con la colaboración de María Teresa, Rafael Alberti, Antonio Aparicio, Emilio Prados y Miguel Hernández, y en la que participaron también varios milicianos y milicianas. Fue una fiesta alegre, para levantar el ánimo a los hombres que en esta ciudad, un poco gris siempre en este tiempo de otoño, es un poco cansada y tris-tona.”

En cartas posteriores Pablo continúa dando noticias sobre el joven poeta oriolano, ahora también comisario de cultura de su batallón: juntos han organizado reuniones para fortalecer la disciplina de las unidades, han preparado cine debates con la película *Los marinos de Kronstadt*, han efectuado recitales de poesía combativa, han hecho como comentaba hace unos instantes “una fiesta alegre, para levantar el ánimo a los hombres”, con “unos cuantos discos entre los que hay alguna rumba”, porque “hay que divertir al hombre de la guerra”.

Fueron los avatares de aquella guerra los que perfilaron, sin duda, el carácter de la participación de Miguel Hernández en la defensa de la cultura y la libertad agredidas desde la zona más oscura de la tradición de España y anunciadora de la barbarie que el fascismo naciente traería para el mundo. Así lo declaró el poeta en la nota previa a su *Teatro en la guerra*:

“No había sido hasta ese día un poeta revolucionario en toda la extensión de la palabra y su alma. Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me lo dieron los traidores, con su traición, aquel iluminado 18 de julio.”

Las cartas de Pablo, cronista incesante, ofrecen información de primera mano sobre los distintos aspectos de su labor como comisario, acompañado por Miguel Hernández. Esos apuntes se alejan de la visión simplista que cierta literatura ha elaborado sobre el tema. En esos textos hay hombres de carne y hueso participando conscientemente en las peripecias diversas de la guerra, que no dejan de combinar como tantas veces sucede en la vida lo trivial con lo terrible, lo trágico con lo humorístico.

Es posible encontrar, por ejemplo, una valoración crítica de las labores de reclutamiento que se llevan adelante en aquellos momentos. En su relato testimonial Pablo enjuicia la situación de ese importante aspecto de la reorganización militar, valorando objetivamente los alcances y los desaciertos de su realización, a partir de la experiencia vivida en aquellos días:

“Este reclutamiento nuestro ha habido que hacerlo un poco desorganizadamente. Nosotros recibimos instrucciones, con vistas a una disposición gubernamental que ordenaba la movilización dentro de determinados límites de edad, de reclutar hombres donde los hubiese. Por lo menos, así interpretamos la orden (...) Nos hemos encontrado con una resistencia sorda de los campesinos. En la mayor parte de los casos ello ha sido debido a dos razones: a una gran pobreza del trabajo político en los pueblos, y, de otra, al hecho de que la revolución y la guerra les ha ido quedando muy lejos desde el comienzo. Tampoco nosotros en la mayor parte de los casos, hemos sabido plantear los problemas. A donde yo he ido he tratado de argumentar con habilidad, pero ya había mar de fondo en contra de la medida, y los campesinos tienen una extraordinaria habilidad para no hacer lo que no quieren

hacer. Ellos son los maestros del sabotaje cuando no comprenden el por qué de una cosa. En algunos casos han ocurrido enojosas y hasta difíciles situaciones. Los comités no siempre son revolucionarios, y, cuando lo son, no siempre lo son conscientemente.”

Quizá este texto pase inadvertido dentro de la correspondencia de Pablo; sin embargo nos da una clara idea, de la madurez política, revolucionaria, real que había alcanzado en ese momento. Es decir, no la que se apoya en esquemas o consignas solamente, sino la que se había desarrollado a través de un intenso proceso de formación, dentro del intelectual, dentro del hombre que era Pablo. Y nos recuerda que una de las razones por las que él fue a la guerra, según le confiesa a sus amigos Roa y Ramiro Valdés Daussá era “aprender para lo nuestro algún día”, como él mismo argumentaba.

Por otra parte, la carta muestra al cronista incluso al narrador de ficción recreando los momentos tragicómicos que se produjeron durante la gestión reclutadora que llevó a cabo junto al poeta. Quiero citar *in extenso* ese fragmento porque creo que allí hay una pintura vívida, convincente y humana de los avatares menores de la guerra, que es a menudo vista sólo en clave de grandeza o incluso de grandilocuencia. En la narración también se menciona un dato poco conocido, que tiene sin embargo sensible resonancia afectiva en la vida de Pablo: el hallazgo de Pepito, el niño huérfano que sería, a partir de ese momento, su pequeño ayudante.

“El día 2 de este mes fui, en unión de dos oficiales y de Miguel Hernández, a dar un mitin en Mejorada del Campo, con el fin de hacer propaganda de reclutamiento. (...) Allí me encontré un chiquito de trece años, asturiano, sin padres, que iba a la aventura, hambriento y con frío. Subió al Comité a pedir alojamiento y comida y, como tenía cara de gran inteligencia, me lo llevé para enlace mío. (...) Bien, la cosa fue que cuando llegamos al pueblo, al entrar la noche, nos encontramos con una cantidad extraordinaria de hombres armados con escopetas y con rifles, y, al dirigirnos a la casa del Comité, en la escalera nos interceptó la gente, y ya en franca situación de violencia, quisieron desarmarnos. Se produjo una situación de escándalo y confusión que se aumentó cuando violentamente, le pegué dos gritos al que más chillaba y tuve la mala suerte de darle en la cara con su propia arma. Nos salvamos de ser ametrallados allí, precisamente por ser pequeño el espacio y mantener nosotros nuestra decisión de conservar las armas. Esto aparte de que ni un momento dejábamos la discusión, más alta que ellos, para conservar la moral. (...) Un tipo me estuvo hablando con la pistola en la barriga más de un cuarto de hora, empeñado en que yo me cuadrara; al fin no le hice caso y le di la espalda pero para pegarme a otro suyo. Dos o tres intentaron desalojar la escalera para dispararnos desde la puerta y estuvimos encañonados por unos escopeteros enfurecidos; pero valiéndome de nuevas violencias la gente volvía atrás a gesticular y chillar. En la situación en que estábamos esta era ya nuestra única salida. En definitiva, un poco de bluff, ante la seguridad casi absoluta de que nos iban a asesinar allí. Pero al cabo

ganamos la primera parte de la batalla, cuando un hipócrita miembro del Comité apareció en lo alto y poco a poco logró que pudiéramos subir con nuestras pistolas. Cuando me vi arriba, en el cuarto del Comité, aunque la gente chillaba estupendamente por fuera, consideré que ya todo era cuestión de tiempo y de habilidad. (...) El hombre del rifle, a quien le había golpeado al empujarlo, entró asegurando que los cinco tiros no me los quitaba nadie de la cabeza. Me le encaré y le dije que qué pensaría él de una autoridad que se dejase desarmar sin resistencia. Pero no se dejaba convencer. Sin embargo, ya tenía aquello cierto aspecto divertido para mí que sé que cuando no se dispara pronto no se dispara fácilmente. (...) Después, hasta un telegrama pasaron al Comité de Guerra pidiendo que 'evitaran un día de luto a España'. Parece que el luto lo iban a guardar por mí, que pocas veces las he visto más fea."

Pablo alimentó sus cartas y crónicas con este inventario de acciones que la guerra, y su función dentro de ella, le ofrecían. Observador sagaz, comunicador imaginativo, dejó un testimonio impactante y vívido de su presencia en España.

Miguel igualmente nutrió su literatura en este período con los temas y tópicos que la guerra proponía e imponía. Pablo fue personaje en la obra urgente que el poeta y dramaturgo elaboraba en el fragor de la guerra. Para su pieza en cuatro actos, *Pastor de la muerte*, escrita entre 1937 y 1938, Miguel construye un personaje al que nombra *El Cubano*, que es un homenaje a la figura y la acción de Pablo en las trincheras. Allí Miguel recrea la polémica del cronista cubano con el enemigo en los parapetos de Buitrago de Losoya.

Al incorporarlo a su drama incluido en el *Teatro en guerra*, el autor está ofreciendo una tercera referencia para el análisis o estudio de aquella situación límite en la que Pablo discutía, de viva voz, con los enemigos ubicados en el "Parapeto de la muerte", frente a la "Peña del alemán" donde se encontraban los milicianos republicanos. Las dos referencias anteriores son: la crónica "En el parapeto. Polémica con el enemigo", publicada en la revista norteamericana *New Masses* de la que Pablo era corresponsal de guerra, y la carta en la que Pablo recrea aquel momento de confrontación.

### **Cubano**

Bien calificados vamos  
con el color diferente  
que nos han calificado:  
rojo y blanco. Ve si tiene  
exactitud la expresión  
del color, que exactamente,  
nos define: Rojo y blanco:  
no hay quien mejor nos exprese.  
Rojo yo como la vida,  
blanco tú como la muerte,

Yo del color de la sangre,  
tú del color de la especie  
de lo frío, de lo muerto,  
ni cal, ni espuma, ni nieve.  
Una noche muerta y blanca  
frente a un día rojo y verde.

Aun dentro del propósito claramente propagandístico de estas obras de ocasión (ante los apremios impuestos por la guerra), brilla aquí la palabra del poeta, moviéndose en el juego de los contrastes, apelando a la sensibilidad del lector con su capacidad de comunicación y de emoción.

“La poesía está en todas partes, mas la cuestión es dar con ella”, advirtió otro gran amigo de Pablo, el poeta José Zacarías Tallet. Miguel Hernández la halló también, en ocasiones, en las notas periodísticas de urgencia que escribía para las publicaciones del frente. Sin duda, la violencia y las exigencias de la guerra potenciaban la sensibilidad del poeta que encontraba caminos diversos para la expresión de sus sentimientos, sus angustias, sus ideas.

Hay una crónica estremecedora de Miguel, publicada en noviembre de 1937 en uno de los periódicos de los frentes republicanos *Nuestra Bandera* que se titula: “No dejar solo a ningún hombre”, donde narra la experiencia de haber encontrado en medio de un combate a un soldado republicano que había sido gravemente herido. Cuenta de una manera estremecedora la forma en que aquel hombre llamaba:

“Y aquel grito desesperado y amargo que decía: me dejáis solo compañero (...) En aquellos instantes sentí que se me desbordaba el pecho, orienté mis pasos hacia el grito y encontré a un herido que sangraba como si su cuerpo fuera una fuente generosa. Me dejáis solo, compañero. Y le ceñí mi pañuelo y mis vendas, la mitad de mi ropa. Me dejáis solo, compañero. Le abracé para que no se sintiera más solo. Pasaban huyendo ante nosotros, sin vernos, sin querer vernos, hombres espantados. Me dejáis solo, compañero. Le eché sobre mis espaldas. El calor de su sangre golpeó mi piel, como un martillo doloroso. No hay quien te deje solo, le grité. Me arrastré con él hasta donde quisieron las pocas fuerzas que me quedaban. Cuando ya no pude más, le recosté en la tierra, me arrodillé a su lado y le repetí muchas veces: No hay quien te deje solo, compañero. Y ahora, como entonces, me siento en disposición de no dejar solo, en sus desgracias a ningún hombre.”

Cronistas de la lucha contra el fascismo, Pablo y Miguel fueron parte del viento del pueblo de sus combates, sus tristezas, sus alegrías, sus tragedias poniendo a su servicio crónicas periodísticas y obras de teatro, poemas y testimonios y con estos sus vidas.

La de Pablo terminó en Majadahonda, frente de Madrid, el 19 de diciembre de 1936, apenas tres meses después de haber llegado a tierra española, después de



comunicar a sus amigos, desde su exilio en Nueva York, los nuevos rumbos que tomaba su vida:

"He tenido una idea maravillosa: me voy a España, a la revolución española. Allá en Cuba se dice, por el canto popular jubiloso: No te mueras sin ir antes a España. Y yo me voy a España ahora, a la Revolución Española, en donde palpitan hoy las angustias del mundo entero de los oprimidos. La idea hizo explosión en mi cerebro y desde entonces está incendiado el gran bosque de mi imaginación."

Desde otro incendio similar, donde crepitaba el dolor por la muerte del amigo querido, Miguel Hernández escribió entonces su estremecedora "Elegía segunda", que leyó en el cementerio de Chamartin de la Rosa, ante el cuerpo de Pablo. Ese poema, muchos años después se convirtió, aquí en Cuba, en canción. Nuestro amigo el trovador Silvio Rodríguez musicalizó estrofas de aquel homenaje poético a Pablo de la Torriente Brau. Otros trovadores más jóvenes han hecho suya esa versión cantable de la elegía hernandiana, para contribuir también a la obra que realiza nuestro Centro para dar a conocer, por todas las vías posibles, la vida y la palabra del cronista de Majadahonda.

### ELEGÍA SEGUNDA

(A Pablo de la Torriente, comisario político)

"Me quedaré en España, compañero"  
me dijiste con gesto enamorado  
y al fin sin tu edificio tronante de guerrero  
en la hierba de España te has quedado.

Nadie llora a tu lado:  
Desde el soldado al duro comandante,  
Todos te ven, te cercan y te atienden  
Con ojos de granito amenazante,  
Con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

Valentín<sup>1</sup> el volcán que si llora algún día  
Será con unas lágrimas de hierro,  
Se viste emocionado de alegría  
Para robustecer el río de tu entierro.

<sup>1</sup> Se refiere a Valentín González "El Campesino", que fue jefe de su Unidad Militar.

Como el yunque que pierde su martillo,  
Manuel Moral se calla  
Colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios  
Quitándote pedazos de metralla,  
Poniéndote trofeos funerarios.

Ya no hablarás de vivos y de muertos,  
Ya disfrutas la muerte del héroe, ya la vida  
No te verá en las calles ni en los puertos  
Pasar como una ráfaga garrida.

Pablo de la Torriente,  
Has quedado en España  
Y en mi alma caído:  
Nunca se pondrá el sol sobre tu frente,  
Herederá tu altura la montaña  
Y tú valor el toro del bramido.

De una forma vestida de preclara  
Has perdido las plumas y los besos,  
Con el sol español puesto en la cara  
Y el de Cuba en los huesos.  
Pasad ante el cubano generoso,  
Hombres de su brigada,  
Con el fusil furioso  
Las botas iracundas y la mano crispada.

Miradlo sosteniendo a los terrones  
Y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos  
A nuestros más floridos batallones  
Y a sus varones como rayos rudos.

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.  
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,  
Porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan  
Aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.